

La guerra contra Iraq: ¿hacia una “Pax Americana” en el Medio Oriente?

Por *María de Lourdes SIERRA KOBEH**

Introducción

NINGUNA FORMA DE ANÁLISIS resulta tan arriesgada como la prospectiva, y esto es particularmente cierto cuando se trata de predecir el impacto que la invasión y ocupación de Iraq tendrá sobre una región tan compleja como el Medio Oriente. Los ideólogos neo-conservadores de la Casa Blanca se apresuraron a formular, antes de la guerra, un escenario optimista, en donde la población iraquí, sometida a una cruenta dictadura, habría de recibir a las fuerzas anglo-estadounidenses como a sus libertadoras; un triunfo militar rápido, así como una transición ordenada, capaz de asegurar de manera exitosa los objetivos estratégicos de Estados Unidos en el Medio Oriente.

Sin embargo, de acuerdo con las tendencias observadas en esta estratégica región durante un buen periodo, existe la posibilidad de que el impacto de esta guerra sea muy diferente a lo previsto por los estrategas e ideólogos del Pentágono, y que incluso el Medio Oriente de la posguerra no sea tan diferente del periodo anterior. Un buen número de respuestas, no suficientemente previstas por Washington, están surgiendo ya, y la resistencia a la ocupación tiende a incrementarse, complicando los esfuerzos de la Casa Blanca por imponer un “Nuevo Orden Regional” en el Medio Oriente. Lo cierto es que hasta ahora no ha quedado claro todavía cuál será el futuro de Iraq ni qué efectos, a más largo plazo, esta situación podrá generar sobre el conjunto de la región.

Con esta idea en mente, este trabajo busca explorar los diferentes factores que estuvieron detrás de esta crisis, así como las diferentes respuestas que, en términos de rechazo o acomodo, están surgiendo ya entre los diferentes gobiernos y pueblos de la región. Parto de la premisa de que esta nueva guerra se deriva, en gran parte, de las secuelas dejadas por el fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética, pero que cobraría mayor fuerza a raíz de los atentados del

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: <sierrak@infosel.net.mx>.

11 de septiembre, un hecho clave para explicar el triunfo de la agenda neoconservadora y de su visión de un "Nuevo Siglo Americano". Este pensamiento, que ya empezó a ser aplicado en Afganistán, y más recientemente en Iraq, crea un precedente muy peligroso y nos permite prefigurar lo que irá sucediendo en el futuro de no surgir un contrapeso que reduzca o ponga límites al Imperio.

*El origen de las tensiones
entre Iraq y Estados Unidos*

LA ofensiva militar contra Iraq forma parte de toda una larga agenda de conflictos que se remonta a agosto de 1990, cuando Iraq invadió el territorio de Kuwait dando lugar a la llamada "Operación Tormenta del Desierto".¹ En este sentido, podría decirse que la crisis puede ser vista esencialmente como una continuación de la pasada Guerra del Golfo, que aunque no gozó de un amplio consenso político externo, es consistente con la nueva doctrina de seguridad nacional de la Casa Blanca, basada en el unilateralismo y el ataque preventivo, para asegurar su papel como potencia militar hegemónica global y única garante de la seguridad energética y financiera mundial.²

Como heredera de una larga agenda de crisis en sus relaciones con Iraq, la política estadounidense hacia el Medio Oriente, y en particular, hacia el Golfo Pérsico, estuvo basada, hasta la administración Clinton, en la búsqueda de un balance de poderes favorable que protegiera no solamente sus intereses vitales, como son la seguridad de sus aliados regionales y el libre flujo de petróleo a precios estables, sino también la contención de Iraq e Irán, países considerados por los estrategas norteamericanos como hostiles hacia Estados Unidos y como los dos principales obstáculos para lograr la paz en esta estratégica región.

El Golfo Pérsico representa una zona de vital interés para Estados Unidos, no solamente por los recursos energéticos con que cuenta sino también por ser un mercado lucrativo para las grandes compañías norteamericanas. Fue el presidente Carter quien en 1980 definió por primera vez a esta zona como un área prioritaria dentro de la agenda

¹ Consultese Phyliss Bennis y M Moushabeck, eds., *Beyond the storm a Gulf crisis reader*, Nueva York, Olive Branch Press, 1991. Igualmente, Walid Khalidi, "The Gulf crisis: origins and consequences" *Journal of Palestine Studies*, xx, núm. 2 (Summer 1991), pp. 5-28.

Véase a este respecto Sarah Graham-Brown y Chris Toensing, "Why another war? A background on the Iraq Crisis" *Middle East Research and Information Project*, 2nd Edition (diciembre del 2002).

de seguridad nacional estadounidense. A partir de entonces, la estrategia de las distintas administraciones norteamericanas hacia esta región ha estado basada no solamente en la necesidad de acceder a sus recursos energéticos a precios estables, sino en evitar que estos mismos recursos puedan ser controlados por regímenes o fuerzas hostiles a Estados Unidos o que puedan intimidar a otros Estados, obligándolos a adoptar acciones contrarias a los intereses de las naciones consumidoras. Igualmente importante ha sido su compromiso de usar la fuerza necesaria para proteger y ampliar esos intereses.

Con la caída del sha de Irán en 1979 y la llegada al poder del ayatola Jomeini, Estados Unidos perdería a uno de sus aliados principales en el Golfo Pérsico. Sus "dos pilares" fundamentales, Irán y Arabia Saudita, se redujeron a uno: la monarquía saudita, obligando a la Casa Blanca a diseñar una nueva estrategia de seguridad regional. Este objetivo habría de alcanzarlo con la guerra Irán-Iraq en 1988, cuando el gobierno sunnita y secular de Iraq se convierte, con la ayuda norteamericana, en un contrapeso a la influencia del régimen chiíta de Irán. Sin embargo, la invasión iraquí del territorio de Kuwait en agosto de 1990 obligó a Washington a adoptar una nueva estrategia contra los regímenes de Bagdad y Teherán, mejor conocida como de "Doble Contención", la cual habría de ser mantenida durante la década de los noventa.³

En el caso de Iraq, esta política se apoyó en tres componentes básicos: por una parte, un embargo económico, que habría de afectar sobre todo a la población civil; por otra parte, el desarme forzado del régimen de Saddam Hussein, supervisado hasta 1988 por la Comisión Especial de Naciones Unidas (la UNSCOM, por sus siglas en inglés), de acuerdo con la resolución 687 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.⁴ Asimismo, la reducción de la soberanía iraquí, con la imposición unilateral de dos zonas de exclusión aérea en el norte y sur del país, a fin de proteger respectivamente a las poblaciones kurda y chiíta de la contraofensiva desarrollada por el gobierno iraquí luego de

³ Aunque Estados Unidos buscaba impedir que ambos países ejercieran una desproporcionada influencia en los asuntos de la región, siempre existió un entendimiento implícito de mantener la integridad territorial iraquí a fin de evitar un desequilibrio estratégico que pudiera ser aprovechado por Teherán.

⁴ Esta resolución, entre otras cosas, instó al régimen iraquí al desmantelamiento de los arsenales y capacidades instaladas para la producción de armas químicas, bacteriológicas y nucleares; la destrucción de misiles con un alcance superior a los 150 km² y la eliminación de futuros planes de producción o compra de este tipo de armamentos. Igualmente, la 687 reiteró el régimen de sanciones y el bloqueo económico impuesto a Iraq desde agosto de 1990.

la Guerra del Golfo en 1991.⁵ Todo ello, como parte de una estrategia gradual, apoyada en gran medida por una serie de bombardeos aéreos y patrullajes militares, destinada a crear un vacío de poder que incitara a la insurrección civil y a la disidencia, a fin de derrocar al régimen iraquí.⁶

Un aspecto importante de dicha política fue el trabajo realizado con la oposición iraquí, representada por el Congreso Nacional Iraquí, la cual logró reunir a una serie de agrupaciones muy diversas entre sí, tanto en términos étnicos como religiosos y políticos. Dicha organización, dirigida por el banquero chiíta Ahmed Chalabi, recibió —a través del llamado Iraq Liberation Act de 1988, aprobado por el Congreso norteamericano— apoyo financiero y material para el desarrollo de actividades de inteligencia e, inclusive, para realizar acciones armadas en Iraq. Pese a ello, su eficacia fue muy cuestionada entre algunos círculos norteamericanos, debido principalmente a una serie de divisiones al interior de dicha organización, como fue demostrado fehacientemente en los enfrentamientos de 1996 entre las dos ramas principales de la oposición kurda, posibilitando al régimen de Saddam Hussein atacar sus posiciones en el norte de Iraq.

La estrategia de derrocar al régimen de Bagdad resultaría a la larga poco efectiva. La comunidad internacional, durante algún tiempo insensible a los sentimientos del pueblo iraquí, empezó a tomar conciencia de la crueldad de las sanciones y de sus aspectos perversos sobre la salud, la educación y el bienestar de una población de cerca de 25 millones de seres humanos, cuyos niveles de estructura médica eran, antes de la guerra, relativamente elevados y en donde la educación había alcanzado un nivel de excelencia.⁷

Las zonas libres de vuelos (No-Fly Zones) fueron impuestas por Estados Unidos y Gran Bretaña a partir de una interpretación forzada y extremadamente flexible de la resolución 688 del Consejo de Seguridad. Sin embargo, ni la 688 ni ninguna otra resolución habla de zonas de exclusión aérea para la aviación iraquí, por lo que éstas carecieron de respaldo jurídico internacional. Véase a este respecto Sarah Graham-Brown, 'No-Fly Zones: rhetoric and real intentions', *Wall Street Press Information Note*, 49 (february 20, 2001)

⁵ Cf. Phyllis Bennis, "And they called it peace: US Policy on Iraq", *Middle East Report*, 215 (summer 2000), pp. 4-7. Asimismo, María de Lourdes Sierra Kobeh, "La operación Zorro del Desierto: una nueva cruzada contra Iraq", *Kaos Internacional*, año 1, vol. 1, núm. 2 (enero-febrero de 1999), pp. 7-13.

⁷ Con el dinero del petróleo Iraq llegó a alcanzar un nivel de vida envidiable en relación con sus vecinos árabes. A pesar del marcado carácter autoritario de su régimen y de la represión, Saddam Hussein sentó las bases para la transformación del país a través de ambiciosos planes de industrialización y una reforma agraria con la que muchos campesinos accedieron a la propiedad. Se hicieron campañas de alfabetización, las cuales alcanzaron en 1997 a 95% de la población, lo cual le valió un premio internacional de la

Asimismo, estas sanciones, lejos de debilitar al régimen iraquí, parecían reforzarlo, sin asegurar, por otra parte, su desarme y, lo que era peor para algunos círculos norteamericanos del ala neoconservadora, la unidad alcanzada por la coalición antiiraquí durante la Guerra del Golfo de 1991 parecía desmoronarse.

Entre los diversos hechos que apuntaban hacia un deterioro del cerco impuesto a Bagdad pueden mencionarse, en primer término, las políticas adoptadas por Rusia, China y Francia, quienes desde principios de 1994 empezaron a oponerse a las sanciones y los ataques militares; la reapertura de varias embajadas y oficinas de negocios tanto de países de la región como occidentales; el intercambio de visitas entre empresarios iraquíes y de otras nacionalidades y el aumento de la actividad comercial entre Bagdad y algunos de sus vecinos, política que se vería coronada con la firma de tratados de libre comercio con Jordania, Egipto y Siria.⁸

A diferencia de los realistas tradicionales del Departamento de Estado norteamericano y muchas agencias de inteligencia⁹—quienes se inclinaban por un enfoque multilateral en su política exterior a partir de la construcción de una serie de alianzas—, los ideólogos neoconservadores abogaban por un enfoque unilateral y agresivo en los asuntos internacionales¹⁰ y por la necesidad de diseñar un nuevo pensamiento estratégico para el siglo XXI, a fin de contar con una nueva forma de disuasión para el nuevo entorno estratégico.¹¹

UNESCO. Igualmente, en el terreno de la salud pública, se alcanzó una cobertura de 93% de la población y se erradicaron muchas enfermedades. Sobre los efectos de las sanciones sobre Iraq, consúltese Sarah Graham-Brown, "Sanctioning Iraq: A failed policy", *Middle East Report*, 215 (Summer 2000), pp. 8-13. Igualmente, Richard Gardfield, "The public health impact of sanctions: Contrasting responses of Iraq and Cuba", *Middle East Report*, 215 (Summer 2000), pp. 16-19.

⁸ Cf. Marc Lynch, "The politics of consensus in the Gulf", *Middle East Report*, 215 (Summer 2000), pp. 20-23.

⁹ Cf. Geoffrey Kemp, "Realists and idealists: interpreting the Bush Doctrine" The Nixon Center (August 25, 2002), http://www.nixoncenter.org/publications/articles/Kemp/090302realists_and_idealists.htm

¹⁰ Muchos de ellos desconfían de las instituciones formales creadas para asegurar la paz y la convivencia pacífica, y consideran que el orden es solamente posible mediante el uso de la fuerza. En este sentido, la Organización de Naciones Unidas resulta ser a todas luces irrelevante.

¹¹ Ya en el año 2000 la organización ultraconservadora Proyecto para un Nuevo Siglo Americano, había elaborado un programa para reconstruir las defensas de Estados Unidos, dirigido a la dominación mundial, que proponía todas las acciones que después ha venido llevando a cabo la Casa Blanca. Muchos de los que participaron en la elaboración de aquellas ideas ocupan cargos en la actual administración, entre ellos Paul Wolfowitz, Richard Perle, John Bolton, Eliot Cohen, Lewis Libby, Dov Seckheim y Stephen Carbone. Algunos de ellos son judíos sionistas o estadounidenses caracterizados por sus vínculos

Todo ello requería, según lo expresado en reiteradas ocasiones por George W. Bush y diversos funcionarios de la actual administración republicana, entre ellos el actual subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, usar al máximo los recursos militares, así como los servicios de inteligencia y la potencia económica de Estados Unidos. Igualmente necesaria era una revisión general de la estructura militar, así como la inversión en nuevas tecnologías para modernizar a las fuerzas armadas norteamericanas, en gran medida debilitadas durante la administración Clinton.¹³

Para los estrategas neoconservadores del Pentágono, la eliminación del régimen de Saddam Hussein era la única manera de neutralizar lo que para ellos representaba una clara amenaza a los intereses de Estados Unidos y a la estabilidad y seguridad de sus aliados en el Medio Oriente. Otro tipo de enfoques, ya fuera la contención a través de una política de sanciones o un acuerdo negociado con los inspectores de la ONU simplemente no funcionarían y expresaron su rechazo a las opciones no-militares emprendidas por Washington después de 1991, considerándolas como un error estratégico.¹³

Para estos grupos, el *statu quo* era peligroso e insostenible y un ataque preventivo para eliminar al régimen iraquí tendría que convertirse necesariamente en un imperativo moral ante la doble amenaza del terrorismo y las armas de destrucción masiva.¹⁴ Este argumento de

con los intereses de Israel, particularmente con la extrema derecha, representada actualmente por Ariel Sharon al frente del Partido Likud

¹³ Esta política favorece, en particular, los intereses del complejo militar-industrial, fuertemente representados en la actual administración norteamericana (Boeing, General Dynamics, Lockheed Martin, Northrop-Grumman y Raytheon) y los de las compañías inglesas y norteamericanas, que trabajan muy de cerca con los contratistas de defensa en lucrativas empresas mixtas

En una carta dirigida al presidente Bill Clinton, en enero de 1998, a raíz de la salida de los inspectores de la ONU de Iraq, los firmantes —entre ellos Donald Rumsfeld (actual secretario de Defensa), Paul Wolfowitz (subsecretario de Defensa), Richard Armitage (secretario de Estado adjunto), John Bolton (subsecretario de Estado), Robert Zoellick (representante para el comercio internacional) y Richard Perle (quien más adelante ocuparía el cargo de jefe del consejo asesor del Pentágono)— argumentaban el fracaso de las medidas diplomáticas y sostenían la necesidad de remover al régimen de Saddam Hussein mediante un ataque militar. Un hombre muy cercano a este grupo era Richard Cheney, actual vicepresidente y secretario de la Defensa durante el gobierno de Bush padre.

¹⁴ Un claro ejemplo de lo anterior fueron las declaraciones realizadas por la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, en agosto del 2002, cuando expresó que un cambio de régimen en Bagdad era “un imperativo moral” en la guerra contra el terrorismo, argumentando que Saddam Hussein era “malefico” y si se le dejaba hacer lo que quisiera, el gobierno de Bagdad podría desarrollar armas de destrucción masiva que, en última instancia, amenazarían tanto a Estados Unidos como a sus aliados en el Medio Oriente. *Washington Post* (August 16), 2002

seguridad habría de ejercer una gran influencia entre el público norteamericano tras los atentados del 11 de septiembre y les brindaría la oportunidad para poner en acción la estrategia configurada años antes.

*La "amenaza iraquí" y las "razones"
de la administración Bush*

Si bien es cierto que las percepciones sobre las amenazas a la seguridad de Estados Unidos cambiarían significativamente después del 11 de septiembre, las razones esgrimidas por Washington para justificar un cambio de régimen en Iraq resultaban, sin embargo, insostenibles. El régimen de Bagdad estaba más débil militarmente que en 1991, cuando Saddam Hussein invadió y se anexó el territorio de Kuwait. Las sanciones y el régimen de inspecciones realizarían su parte y, en realidad, existía muy poca evidencia para sugerir que el régimen iraquí representaba una amenaza inminente para sus vecinos¹ y menos aún para Estados Unidos, no obstante la retórica antiestadounidense de Bagdad.

Si bien los argumentos manejados por la Casa Blanca estuvieron basados en su lucha contra el terrorismo y la eliminación de las armas de destrucción masiva, los informes presentados al Consejo de Seguridad en enero del 2003 por el jefe de la Comisión de Control y Verificación de la ONU (UNMOVIC), Hans Blix, y el director de la Agencia Internacional de Energía Atómica, Mohamed el-Baradei, no arrojaron resultados concluyentes, no obstante la interrupción del trabajo de los inspectores de la ONU tras la ofensiva militar desatada por las fuerzas angloestadounidenses contra Bagdad en diciembre de 1998, en la llamada Operación Zorro del Desierto.¹⁶

Aún más, tampoco pudo ser establecido ningún vínculo directo entre Bagdad y las organizaciones terroristas islámicas, en particular Al-Qaeda, autora de los terribles atentados del 11 de septiembre y

¹ Saddam Hussein había logrado mejorar sus relaciones con sus vecinos, la mayoría de los cuales habían empezado a pronunciarse por el levantamiento de las sanciones y contra una intervención militar de la Casa Blanca. Otro hecho altamente indicativo vino del propio Kuwait en enero del 2001 que, por razones obvias, se había mostrado reacio a flexibilizar sus exigencias sobre Bagdad, al mostrarse por primera vez partidario de levantar las sanciones, ya que éstas golpeaban principalmente al pueblo iraquí.

¹⁶ Dicha crisis fue precipitada por Estados Unidos, quien decidió no dar tiempo para medir el efecto de las sanciones, ni propiciar las agendas negociadoras que presentaban y gestionaban sus aliados. De hecho, tal medida se basó en un informe personal del jefe del equipo de observadores de la ONU, quien al haber decidido evacuar al personal de la UNSCOM sin consultar al secretario de la ONU, dio luz verde a los bombardeos norteamericanos.

considerada como el enemigo público número uno de Estados Unidos. De ahí que la mayoría de los gobiernos y la opinión pública internacional continuaran demandando pruebas irrefutables para justificar una nueva ofensiva militar y siguieran exigiendo la continuación del trabajo de los inspectores a fin de descartar la posibilidad de que Bagdad contara con armas de destrucción masiva.

Lo cierto es que detrás de un “cambio de régimen” se escondía algo más que el derrocamiento de una cruenta dictadura, la cual —dicho sea de paso— había sido funcional, en otros tiempos, a los intereses económicos y estratégicos de Estados Unidos y sus socios occidentales.¹⁷ Para los ideólogos de la administración Bush el propósito de derrocar al régimen de Bagdad formaba parte de una estrategia mucho más amplia y ambiciosa: modificar el *statu quo* de una región que, por ironías de la geografía, la geología y la historia, concentra la mayor parte de las reservas petroleras y de gas en el mundo, tan vitales para las economías occidentales,¹⁸ pero que sin embargo —de acuerdo con esta línea de pensamiento— ha estado crecientemente marcada por el terrorismo y por los sentimientos antiestadounidenses.

Este pensamiento habría de expresarse en términos generales en el discurso pronunciado por el presidente George W. Bush, a principios del 2002,¹⁹ cuando insistió en un conjunto de demandas no negociables que todos los Estados deberían acatar, y repetido más tarde por Paul

¹⁷ Sin duda, el régimen de Saddam Hussein estuvo basado en el terror y la represión al grado de masacar a su propia población con armas químicas y biológicas, muchas de ellas proporcionadas por los propios estadounidenses y algunas compañías europeas. Amedrentó a sus vecinos, con quienes libró dos guerras regionales: la primera contra Irán, de 1980 a 1988, y la segunda contra Kuwait, en 1990-1991. Entre sus crímenes se cuentan: el uso de armas químicas en contra de tropas iraníes durante la guerra Irán-Iraq; el asesinato con armas químicas de alrededor de 5 mil habitantes de la ciudad de Halabja, habitada principalmente por kurdos, en marzo de 1988, el asesinato de aproximadamente 100 mil kurdos durante la campaña “Anfal” entre febrero y septiembre de 1988; la destrucción de los pantanos del sudeste de Iraq, seguida de la reubicación forzada y el asesinato de su población árabe; sus acciones en Kuwait, cuando Iraq lo invadió en 1990, que incluyen la desaparición de cientos de ciudadanos kuwaitíes; represalias salvajes contra los chuitas del sur de Iraq después de la guerra del Golfo de 1991 y la persecución de todos y cada uno de los iraquíes sospechosos de disentir o de deslealtad.

¹⁸ Algunos analistas han venido señalando que esta guerra ha estado basada en tres prioridades de seguridad nacional: fortalecimiento de las capacidades militares de las fuerzas norteamericanas, búsqueda de nuevas fuentes de petróleo y guerra contra el terrorismo. Los atentados del 11 de septiembre contribuyeron en forma decisiva a que las dos primeras prioridades se fundieran con la tercera en una sola estrategia. Véase a este respecto Michael Klare, “From war on terror to plain war: United States, energy and strategy”, *Le Monde Diplomatique*, November 2002. DE: <<http://mondediplo.com/2002/11/02energy>>

¹⁹ DE: www.whitehouse.gov/news/releases/2002/01/20020129-11.html

Wolfowitz, cuando habló sobre las relaciones Islam-Occidente en la Conferencia de Seguridad Asiática, pronunciado en Singapur en junio de ese mismo año.²⁰ En ambas ocasiones el mensaje fue simple: la lucha contra el terrorismo requería que esas demandas “no negociables” como son la libertad, la democracia y la libre empresa, fueran aceptadas por todos los Estados.

Este “idealismo” sería atemperado con una buena dosis de realismo al sugerir que, para alcanzar su seguridad, Estados Unidos necesitaba confrontar regímenes y sociedades que no se ajustaran a dichos criterios, como es el caso de la mayoría de los Estados musulmanes del Medio Oriente, considerados por muchos neoconservadores como los candidatos más idóneos para el cambio.

Desde esa perspectiva, el cambio de régimen en Iraq no debería ser visto como un fin en sí mismo sino como un medio para alcanzar un cambio mucho más amplio. Asimismo, la inestabilidad regional que podría acarrear un ataque militar preventivo no necesariamente tendría que ser considerado como algo negativo. Por el contrario, para los proponentes de esta tesis, un cambio de régimen por la fuerza y la instalación de una nueva administración democrática y pronorteamericana sería solamente el principio.

Esta política no solamente demostraría al mundo la determinación y capacidad de Washington para usar su poder y hacer avanzar sus intereses y objetivos de seguridad en un “Medio Oriente ampliado”²¹ al hacerse de un nuevo cliente estratégicamente localizado y dependiente, sino también la posibilidad de alterar el balance estratégico del conflicto palestino-israelí en favor de su aliado estratégico —Israel— lo que, en última instancia, alentaría —con la ayuda norteamericana— una serie de efectos políticos positivos entre los Estados vecinos, especialmente en Siria e Irán, rediseñando de esta manera el mapa político de la región. Un mapa que no tiene tan siquiera cien años de antigüedad y que proviene fundamentalmente de la desintegración del Imperio

²⁰ DE: www.dod.gov/news/Jun2002/n06012002_200206011.html

²¹ La desintegración de la URSS y el surgimiento de nuevas repúblicas musulmanas en el Cáucaso y Asia Central trajeron consigo un cambio en la definición y delimitación del Medio Oriente, así como en sus parámetros geoestratégicos tradicionales. Algunos analistas hablan ya de un “Medio Oriente Ampliado”, una enorme zona que se extiende, desde el norte de África, a través de Egipto, Israel y el Valle del Tigris y del Eufrates, hacia la región del Golfo Pérsico, y desde ahí hacia Turquía y la cuenca del Mar Caspio. Véase Robert D. Blackwill y Michael Stürmer, eds., *Allies divided: transatlantic policies for the Greater Middle East*, Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, 1997 (CSIA Studies in International Security)

Otomano al término de la primera Guerra Mundial y de la repartición imperialista de la zona entre Inglaterra y Francia.²²

El factor energético una clave para entender la guerra contra Iraq

Un componente clave detrás de la campaña para invadir y ocupar Iraq fue sin duda el petróleo y las oportunidades de negocios abiertas a las grandes compañías energéticas, a las cuales los funcionarios de la Casa Blanca no resultan en absoluto ajenos. Muchos funcionarios importantes de la actual administración republicana provienen directamente de la industria petrolera y mantienen fuertes lazos con las compañías de hidrocarburos. Entre ellos, el mismo presidente Bush y el vicepresidente Dick Cheney, así como la asesora de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, y el secretario de Comercio Donald Evans.

Desde su llegada a la Casa Blanca Bush demostró una gran preocupación por la futura disponibilidad de sus aprovisionamientos de petróleo procedentes de la región del Golfo y manifestó su determinación de eliminar cualquier amenaza al libre flujo de hidrocarburos.

Estados Unidos es por mucho el mayor consumidor de petróleo en el mundo y, aunque es un importante productor, sus reservas son escasas. Su dependencia del petróleo extranjero, según algunas estimaciones, pasará de 52% de su consumo total en 2001 a 66% en el 2020. Es decir, de 10.4 millones de barriles diarios en la actualidad a 16.7 millones en el 2020. De acuerdo con algunos análisis, la única manera de lograr esto es, o bien persuadir a los suministradores extranjeros de aumentar su producción y dar prioridad en sus ventas a Estados Unidos, lo que siempre resulta impredecible ---debido a la inestabilidad política de estas regiones y a los fuertes sentimientos antiestadounidenses que prevalecen en sectores de sus clases políticas y poblaciones---, o bien imponer un gobierno dócil aliado de Estados Unidos en un país rico en petróleo, como es el caso de Iraq.²³

Una de las prioridades del gobierno de George W. Bush ha sido diversificar esta dependencia, a fin de reducir el posible riesgo de un corte en los suministros de petróleo, y esto explica su interés por tener acceso a otras fuentes de energía, principalmente de la Cuenca del Mar Caspio (especialmente de Azerbaiján y Kazajstán), África

Cf. María de Lourdes Sierra Kobeh, Introducción al estudio del Medio Oriente. Del surgimiento del Islam a la repartición imperialista de la zona, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2002

²³ Cf. Klare "From war on terror to plain war" [n 18]

ubsahariana (Angola y Nigeria) y América Latina (Colombia, México y Venezuela), por no hablar de los campos petroleros de Rusia y las reservas naturales de Alaska. A pesar de ello, según algunos expertos, la región del Golfo seguirá ocupando un lugar central como fuente de aprovisionamientos, ya que ninguna otra zona cuenta con la misma disponibilidad y facilidad de estos recursos.²⁴

Con reservas probadas de petróleo de más de 110 billones de barriles,²⁵ de las cuales 35 mil millones están disponibles, Iraq se sitúa en segundo lugar después de Arabia Saudita. Pero en opinión de algunos expertos esta cifra puede subestimar el potencial de producción iraquí, ya que muchos otros campos no han sido explorados debido a las guerras que este país ha librado y por el régimen de sanciones económicas.²⁶

Toda la parte oeste de Iraq, aquella que colinda con Arabia Saudita y Jordania, sigue estando sin explorar o explotar y, de acuerdo con algunas estimaciones, como las del Instituto Francés de Petróleo, los yacimientos podrían contener hasta 200 mil millones de barriles de crudo.²⁷ De ahí el creciente interés por el crudo iraquí de las compañías petroleras extranjeras, quienes en los últimos años habían venido teniendo tratos con Bagdad, como es el caso de las compañías rusas, que con el régimen de Saddam Hussein lograron un avance sobre la competencia, en particular sobre las compañías francesas, chinas e italianas. Asimismo, una variedad de firmas de nacionalidad vietnamita, australiana, argelina, española, malaya, japonesa y turca lograron concluir contratos de exploración-producción que deberían entrar en vigor una vez que las sanciones fueran levantadas.

De la misma manera, solo 24 de un total de 73 descubrimientos han sido objeto de explotación y, según los escenarios más optimistas, Bagdad podría incluso producir 10 millones de barriles diarios, incluso más, para superar a Arabia Saudita y Rusia. Aunque estas cifras

²⁴ En la región del Golfo se concentran las dos terceras partes de las reservas probadas de petróleo, tan vitales para los países industrializados. Además, a diferencia de otras regiones, su petróleo es de muy buena calidad y muy fácil de extraer, lo que se refleja tanto en sus bajos costos de producción como en su precio.

²⁵ Los campos de petróleo más importantes están situados a lo largo de la frontera con Iran, desde la región kurda de Kirkuk y Mosul al norte hasta Basora en el sur, pasando por los de Bagdad, al centro.

²⁶ Cf. Fareed Mohamedi y Raad Alkadiri, "Washington makes its case for war", *Middle East Report*, 224 (otoño del 2002), pp. 2-5.

²⁷ Véase a este respecto Jean Pierre Guérol, "Una formidable esponja empapada de petróleo", *Reforma*, 15 de abril del 2003, p. 8.

²⁸ Véase, por ejemplo, Iadil Chalabi, "Iraq and the future of world oil", *Middle East Policy*, vol. 4, num. 8 (octubre del 2000).

podieran parecer exageradas, un Iraq libre de sanciones tendría la capacidad de impactar el mercado petrolero y las redes de abastecimiento existentes. Mucho de ello, sin embargo, dependerá de las inversiones que se hagan para modernizar la infraestructura petrolera iraquí, fuertemente golpeada por largos años de guerra y sanciones económicas.

Desde hace tiempo, los neoconservadores han estado buscando tomar ventaja del potencial energético iraquí para hacer avanzar su propia agenda. De acuerdo con algunos expertos, el crecimiento de la producción iraquí podría disminuir la necesidad de Washington de una alianza estratégica con Arabia Saudita, cuyo valor empezó a ser cuestionado, particularmente después de los atentados del 11 de septiembre. Un gobierno pronorteamericano en Iraq, con una capacidad de producción cercana a la del reino de Arabia Saudita, junto a otros productores de petróleo emergentes de la región del Caspio y África Occidental, podría representar una fuente alternativa de abastecimiento, permitiéndole a Estados Unidos socavar el poder de la OPEP y su influencia para fijar los precios del petróleo, dejando igualmente a los miembros de esta organización, particularmente a los regímenes árabes e iraní, que dependen principalmente de estos ingresos, en graves aprietos económicos.²⁹

Dada la importancia del petróleo y del gas para las economías de los países del Golfo, un cambio en el mercado petrolero podría alterar radicalmente la política regional, aunque la manera exacta y el tiempo que ello tomará es aún incierto.³⁰

El fracaso de la diplomacia

A pesar de las fuertes críticas recibidas, en una buena parte del mundo, y de sus aliados principales de la Alianza Atlántica, la política de fuerza de la Casa Blanca hacia Iraq habría de encontrar un amplio consenso bipartidista, así como de la opinión pública norteamericana. Dicha aprobación sería urdida a través de una fuerte campaña mediática y publicitaria para mantener a la población en un permanente estado de miedo, tras los trágicos atentados del 11 de septiembre.

²⁹ Cf. Mohamedi y Alkadiri, "Washington makes its case for war" [n. 26], igualmente: Jim Cason y David Brooks, "Acceso al petróleo iraquí, carta de EU para ganar respaldo a su proyecto bélico". *La Jornada Virtual*, miércoles 18 de septiembre de 2002.

³⁰ La historia reciente, sin embargo, nos enseña a no subestimar la capacidad de adaptación de estos regímenes. Véase a este respecto Raad Alkadiri y Farced Mohamedi, "World oil markets and the invasion of Irak", *Middle East Report*, 227 (verano del 2003), pp. 20-31.

Aún así Estados Unidos no lograrían obtener un cheque en blanco de la ONU, como era su deseo, ni de sus tradicionales socios europeos, como Francia, pero sobre todo de su gran aliado de la posguerra, Alemania, cuya posición es seguida muy de cerca por China, Rusia y la mayor parte de los miembros del Consejo de Seguridad, todos ellos con importantes intereses en Iraq y la región del Golfo, quienes ante la falta de evidencias claras para justificar una guerra, se opusieron a una intervención armada proponiendo, en cambio, la prolongación del trabajo de los inspectores de la ONU a fin de descartar la posibilidad de que Bagdad contara con armas de destrucción masivas. Solamente Inglaterra, España, Portugal, Italia, Holanda, Dinamarca, Hungría, Polonia y la República Checa se unirían al esfuerzo de guerra de la Casa Blanca.³¹

Dicha postura representó un triunfo momentáneo para todos aquellos que se oponían a la guerra, posición que fue compartida por la inmensa mayoría de la comunidad internacional, especialmente de los países subdesarrollados, y casi todos los organismos internacionales, al tiempo que la movilización popular en todos los países alcanzó dimensiones nunca antes vistas desde la guerra de Vietnam.

En el Medio Oriente, Turquía, Arabia Saudita y Jordania, países que poseían compromisos militares previos con Washington y cuyas fronteras con Iraq hubieran facilitado mucho las operaciones militares estadounidenses, se negaron a comprometerse abiertamente, debido sobre todo a la presión de sus respectivas poblaciones. Asimismo, el sentimiento antiestadounidense en los países árabes e islámicos, ya alimentado desde antes por las políticas de la Casa Blanca hacia esta región, nunca fue tan alto.

Todo ello, sin embargo, pareció no inquietar demasiado a la Casa Blanca en su intención de lanzar de manera unilateral y al margen de las Naciones Unidas una nueva ofensiva militar contra Iraq con el apoyo de una docena de "países amigos" que, según ellos, eran más que suficientes para construir una coalición internacional contra Saddam Hussein, lo que les abrió la posibilidad de imponerse sobre la comunidad internacional y despreciar los mecanismos multilaterales bajo el manipulado argumento de luchar contra el terrorismo y defender su seguridad nacional.

³¹ Europa es vista, por los estrategas de la Casa Blanca, como competidora que a mediano y largo plazo puede amenazar buena parte de sus intereses comerciales y estratégicos, tal como puede suceder con China. En este sentido, según algunos analistas, la guerra de Iraq les sirve para dividir a la Unión Europea y dificultar su articulación institucional.

La invasión y ocupación de Iraq

ESTADOS UNIDOS, como era de esperar, demostró su abrumadora superioridad tecnológica y militar en su guerra unilateral contra Iraq. El régimen de Bagdad se desmoronó más pronto de lo previsto por algunos analistas y, supuestamente, con un número reducido de bajas civiles y militares.³⁷ Una década de bombardeos sin riesgos para los aviones estadounidenses y británicos en las llamadas "zonas de exclusión aérea" en el norte y sur de Iraq prepararon el terreno, destruyendo total o parcialmente los centros nerviosos de la defensa iraquí. A esta estrategia progresiva siguieron brutalmente, el 20 de marzo, los bombardeos aéreos sistemáticos contra todo tipo de objetivos-estructuras del Estado, fuerzas armadas y población, que impidió cualquier resistencia organizada en el país. Agobiados por largo años de guerra, debilitados por una década de embargo, con un equipo mediocre y pobremente entrenado, el ejército iraquí se derrumbó, sin haber tenido siquiera la oportunidad de demostrar alguna iniciativa coherente ante las fuerzas angloestadounidenses.

Aún así, la agenda neoconservadora no está del todo asegurada ni garantizada. Las fuerzas estadounidenses ganaron la guerra en cuatro semanas, pero alcanzar la paz les tomará mucho más tiempo y la empresa esta resultando más costosa y complicada de lo previsto. Un buen número de sorpresas, insuficientemente previstas por la Casa Blanca, están surgiendo ya, y los acontecimientos en el resto del Medio Oriente podrían ser muy diferentes de lo que los neoconservadores prevén, como ha sido demostrado fehacientemente tras los atentados terroristas en Riad y Casablanca y los enfrentamientos que se han venido dando entre algunos sectores de la población iraquí y las tropas de ocupación. A fin de cuentas, una guerra puede traer la caída de un régimen, pero no puede crear de la noche a la mañana una nueva cultura política, un nuevo sistema de valores, o cambiar de manera abrupta un sistema político o económico por otro.

Entre los múltiples desafíos que están enfrentado ya las fuerzas de ocupación, además del restablecimiento del orden, la seguridad y la restauración de los servicios básicos, está el reto de garantizar la integridad territorial del país y la conformación de un gobierno legítimo que restituya a los iraquíes, en el menor plazo posible, su soberanía e independencia.

Las bajas civiles han sido estimadas entre 5 500 y 7 000, y las militares en más de 10 000, y posiblemente sean más altas. En conjunto cerca de 20 mil iraquíes murieron en las tres semanas de combates y alrededor de 50 mil fueron probablemente heridos, de: www.iraqbodycount.com

Ello, con el fin de tomentar las condiciones que permitan, a largo plazo, la reconstrucción y el desarrollo económico, político y social del país.

Esta tarea, sin embargo, está resultando sumamente difícil no sólo porque la sociedad iraquí, como muchos otros pueblos de la región, guardan fresca memoria del daño que les fue hecho por sus anteriores ocupantes coloniales, sino también porque tienden a considerar la presencia norteamericana en su país como una ocupación, más que como una liberación, como un gobierno indirecto a través del cual la potencia ocupante impone su poder y garantiza sus intereses a través de la construcción de una serie de alianzas con colaboradores locales, al tiempo que despoja al país de sus recursos.

Si a ello sumamos las divisiones existentes al interior de la sociedad iraquí, que no es una nación en el sentido pleno, y las luchas desatadas entre los diferentes grupos de la oposición iraquí que pretenden hacerse del poder, las posibilidades de lograr una nueva institucionalidad, que no sea vista por las diversas comunidades étnicas y religiosas del país como una imposición por parte de las fuerzas ocupantes, parece remota.

Iraq las líneas de fractura

Si bien Iraq es un país relativamente moderno es al mismo tiempo una nación que ha vivido durante 35 años bajo un régimen dictatorial y en donde no ha existido el pluripartidismo, además de carecer de tradiciones democráticas. La única agrupación política que Iraq conoció durante muchos años fue el partido Baas, por lo que la creación de verdaderos partidos políticos tomará tiempo.

Además de ello, es una sociedad muy heterogénea, dividida a lo largo de líneas religiosas, étnicas y sectarias, las cuales se remontan a la época del Imperio Otomano pero reforzadas más tarde por los ingleses para poder imponer su control sobre el país al término de la primera Guerra Mundial. De su población 60% es chiíta, en su mayoría árabes, pero ha sido gobernado por una élite sunnita que nunca ha representado al total de esta comunidad.

Su población es mayoritariamente árabe (cerca de 80%), pero contiene una sustancial minoría kurda y otras minorías étnicas y religiosas como los turcomanos, asirios y caldeos. Todos estos grupos, a pesar de haber sufrido la persecución de los distintos regímenes en el poder, mantienen entre sí fuertes divisiones, muchas de ellas alentadas por el régimen anterior.

En el caso de los kurdos, éstos han estado divididos históricamente en dos grandes agrupaciones políticas: la de Massud Barzani, hijo de

Mustafá Barzani —figura legendaria que simboliza la lucha de los kurdos de Iraq, que preside actualmente el Partido Democrático Kurdo y quien, en distintos momentos y de acuerdo con la coyuntura, estableció alianzas tanto con el anterior régimen iraquí como con Turquía y los turcomanos— y la Unión Patriótica del Kurdistan, dirigida por Jalal Talabani, quien ha contraído acuerdos ocasionales con el régimen de Irán.³³

Después de la Operación Provide Comfort y la instauración de una zona de exclusión aérea en el norte de Iraq, se desarrolló —a partir de 1992— un enclave kurdo que fue en gran medida dependiente tanto del contrabando como de la ayuda norteamericana y del programa Petróleo por alimentos. Muchos kurdos aspiran a una autonomía o bien a crear un Estado propio, lo cual complica sus relaciones con Turquía, aliado de Estados Unidos y socio importante de la Alianza Atlántica.

Los turcomanos, por su parte, tienden a mirar con recelo tanto a los kurdos como a los árabes, mientras que los asirios —utilizados anteriormente por el régimen de Saddam Hussein contra la población kurda del norte de Iraq— temen igualmente por su futuro. Asimismo, la minoría sunnita —que representa, excluyendo a los kurdos, 17% de la población del país— está dividida a lo largo de líneas clánicas, familiares y regionales y desconfía de un nuevo gobierno en el cual puedan quedar conculcados sus antiguos derechos; por no hablar de la comunidad religiosa más numerosa e importante del país, la comunidad chiita, que cuenta con un gran número de seguidores en el sur del país y partes de Bagdad.

Quienes han presagiado la fragmentación del país, apuntan con miedo a la comunidad chiita, quien después de haber sufrido la persecución y la prohibición de algunos de sus ritos religiosos bajo el antiguo régimen, está tratando de restablecerse. Su aceptación o rechazo de un nuevo sistema político que incorpore el pluralismo y la democracia ha sido visto, por muchos analistas, como un factor clave para el futuro de Iraq. Ello se basa no solamente en el poder de convocatoria de que gozan sus líderes religiosos, quienes, a diferencia de los ulemas sunnitas —cooptados durante mucho tiempo por el régimen de Saddam

³³ Algunos kurdos, sin embargo, se mantuvieron fieles a Saddam Hussein. Véase a este respecto María de Lourdes Sierra Kobeh, "La cuestión kurda: identidad étnica y poder estatal", *Kaos Internacional*, vol. 1, núm. 4 (mayo-junio de 1999), pp. 16-23

³⁴ Los 130 millones de chiitas de todo el mundo (10% de los musulmanes) siguen con devoción a sus grandes ayatolas, cuyas escuelas se hallan sobre todo en la ciudad sagrada

Hussein— son vistos por sus seguidores como una fuente de emulación y un modelo a seguir.³⁴

Son mayoritariamente sus seguidores los que a través de una serie de canales y redes de apoyo organizaron la devolución de los objetos robados luego de la caída del régimen; son también ellos quienes incluso se han preocupado por mantener el orden y la seguridad en muchos pueblos y ciudades pequeñas ante el vacío de poder y el caos generalizado. Aún así, la comunidad chiíta de Iraq está dividida no solamente desde el punto de vista religioso sino también político.³⁵ Facciones chiítas rivales se disputan el poder, rivalidad que ya ha provocado la muerte de clérigos chiítas, y existe el temor de que Estados Unidos fomente la división en su propio beneficio.

Igualmente preocupante para Estados Unidos es la posibilidad de que la mayoría chiíta iraquí, con vínculos estrechos con Irán, opte por un gobierno de corte islamista en el país, lo cual Estados Unidos está tratando de evitar, a pesar de que la Administración Bush haya declarado de manera oficial que los iraquíes deben decidir el régimen que deseen. Para complicar las cosas, Estados Unidos no tiene relaciones diplomáticas con Irán, lo cual genera una gran incertidumbre sobre los objetivos e intenciones de Teherán, quien ha sido el principal patrocinador del Consejo Supremo para la Revolución Islámica en Iraq, principal grupo chiíta de la oposición.³⁶

Esta agrupación, presidida por el ayatola Mohamed Baquer al-Hakim, goza de un amplio respeto y apoyo dentro de la comunidad chiíta y, para algunos sectores, podría jugar un papel constructivo en un Iraq post-Saddam. Su fuerte oposición al depuesto régimen iraquí le valió ser designado por la administración Clinton como uno de los

de Najaf y en Qom (Irán). Allí peregrinan en busca de orientación y consejo. De ahí que en un momento de confusión y caos como el que en la actualidad vive Iraq, se mire hacia esos ayatolas, ya que de sus palabras podría depender en gran medida la posición que adopten los chiítas.

³⁴ Tres grandes escuelas concentran el mayor número de seguidores: la de Mohamed Baquer Sâder (uno de los principales líderes de al-Dawa, partido islamista muy estrechamente ligado al régimen iraní, asesinado por el régimen de Saddam en 1980); la de Mohamed Baquer al-Hakim, organizados en el Consejo Supremo de la Revolución Islámica y exiliado también en Irán; y la del ayatola Ali Sistani, de origen iraní, quien vive en Najaf. De la misma manera, existe también un sector importante, sobre todo de clase media, de carácter laico y plural.

³⁶ Esta organización ha sido financiada desde 1980 por el gobierno de Irán, y su brazo armado, la brigada Badr, ha sido entrenada por los Guardianes Revolucionarios de Irán. Tras la caída del régimen iraquí, muchos miembros de la brigada Badr regresaron a Iraq desde sus bases en Teherán, lo cual ha sido una fuente de preocupación para Estados Unidos.

siete grupos de oposición iraquí elegible a recibir diez millones de dólares de ayuda norteamericana bajo el Acta de Liberación de Iraq de 1998, misma que fue rechazada por esta organización. Es además, según algunos analistas, uno de los grupos militantes chiitas menos anti-estadounidenses.³⁷ in embargo, sus fuertes lazos con Irán y sus pasadas credenciales a favor de un régimen islámico en Iraq lo convierten en un socio poco confiable para Estados Unidos.

Pese a su negativa inicial de participar en un proceso dirigido por las fuerzas ocupantes, su organización —el Consejo Supremo de la Revolución Islámica— sigue siendo reconocido por Estados Unidos como uno de los principales grupos opositores y ocupa un asiento —junto con otros grupos y figuras de la oposición, entre ellas Ahmad Chalabi, líder del Congreso Nacional Iraquí— en el recién creado Consejo de Gobierno Iraquí.

Otra línea de fractura, igualmente importante, es la que separa a los opositores del antiguo régimen. Más de tres millones de iraquíes han vivido en el exilio, principalmente en Jordania, Europa y Estados Unidos. La mayoría de ellos son escritores, científicos, intelectuales, técnicos y empresarios, cuyos intereses y estilos de vida difieren en muchos sentidos de los que se quedaron en Iraq, en su gran mayoría sectores de clase media (doctores, abogados y funcionarios civiles), que fueron duramente golpeados por las guerras emprendidas por el antiguo régimen, así como por doce años de sanciones económicas.

Muchos de ellos pertenecieron al extinto partido Baas, en algunos casos más por necesidad que por convicción.³⁸

Dentro de los grupos de exiliados, destaca la importancia del Congreso Nacional Iraquí (CNI), encabezado por el disidente chiita, exiliado en Londres, Ahmad Chalabi, quien mantiene fuertes lazos con el Pentágono y fue visto inicialmente por muchos analistas como el político elegido por la Casa Blanca para suceder a Saddam Hussein.³⁹ Dichas relaciones le aseguraron un rápido regreso a su patria, junto a

³⁷ Douglas Jehl y Jazila Iathi, "Pro-Iranian Iraqi muslim group lobbies for Washington's favor," *The New York Times*, DE <http://www.nytimes.com/2003/05/07/international/worldspecial/07EXII.html?th>

³⁸ Su pertenencia a dicho partido les garantizaba el acceso a una educación, trabajo y seguridad.

³⁹ Chalabi, quien abandono el país en 1958 tras la caída de la monarquía, es conocido por un supuesto desfalco de millones de dólares cometido contra el Banco Petra de Jordania.

⁴⁰ Entre ellos, el Acuerdo Nacional Iraquí (ANI, por sus siglas en inglés) dirigido por un ex general del Partido Baas y que cuenta entre sus miembros con varios desertores políticos y militares, así como todos aquellos grupos que pretenden instaurar una monarquía constitucionalista dirigida por Shari' Ali.

700 combatientes, en medio de la guerra, lo que le daría una ventaja sobre otros exiliados iraquíes.⁴⁰ Actualmente, ocupa un lugar importante dentro del gobierno interino designado por las fuerzas de ocupación, el llamado Consejo de Gobierno Iraquí, conformado por representantes de los principales grupos políticos, étnicos y religiosos del país.

Dentro de ese Consejo, los chiitas ocupan 13 asientos; los restantes 12 asientos están divididos entre las principales minorías de Iraq: árabes sunnitas, kurdos, asirios y turcomanos. No participan en este Consejo algunos líderes religiosos chiitas como el imam Muqtada Sáder, quien se ha opuesto abiertamente a la presencia de tropas extranjeras en su país, así como todos aquellos que fueron miembros del partido gobernante (el partido Baas), al cual Estados Unidos responsabiliza por los ataques perpetrados contra sus tropas.

Si bien es cierto que la composición étnica y religiosa de este Consejo es más representativa que cualquier otro gobierno anterior y la comunidad chiita, por primera vez en su historia, tiene una voz importante en la política iraquí, los "exiliados" —entre ellos seis representantes chiitas y tres árabes sunnitas, además de cinco representantes kurdos que vivieron en el norte de Iraq, fuera del control del gobierno iraquí desde la Guerra del Golfo de 1991— están desproporcionadamente representados en dicho Consejo y la participación de los líderes tribales, los cuales constituyen una potente fuerza en la sociedad tradicional iraquí, es muy limitada. Por si fuera poco, el hecho de que este Consejo haya sido designado por las fuerzas de ocupación y esté conformado por los principales grupos de oposición que trabajaron junto con Washington antes de la guerra, le resta legitimidad y aceptación por parte de la sociedad iraquí.⁴¹

La difícil tarea de la reconstrucción

Los daños dejados por esta guerra y los destrozos causados por conflictos previos y años de sanciones económicas han dejado en ruinas a buena parte de Iraq. Escuelas, carreteras, puertos e instalaciones petroleras deberán ser reconstruidos o renovados, así como las redes de energía eléctrica y de comunicaciones. Según algunas estimaciones, se prevé que la reconstrucción costara unos 20 mil millones de dólares anuales durante los tres primeros años.

Los esfuerzos por reconstruir el país y los planes para sacar a flote la economía iraquí, de acuerdo con las líneas del mercado, están resultando más que problemáticos. Hasta ahora siguen existiendo persistentes problemas de electricidad y de agua potable, así como en la distribución de alimentos, además de un creciente desempleo. Parte de este problema reside en la destrucción de un régimen que, si bien autoritario, estaba bien organizado en términos del manejo de su infraestructura, no obstante las sanciones que le fueron impuestas, las que, por otro lado, dañaron la mayor parte de su infraestructura y su economía, sin dejar de lado la destrucción que la guerra y la ocupación perpetró.

A pesar de su retórica y de sus ambiciones regionales, la administración Bush fracasó en diseñar un plan para el periodo posbélico. Las divisiones existentes en la actual administración republicana y la intransigencia de los neoconservadores de la Secretaría de la Defensa y de la Oficina de Dick Cheney impidieron la adopción de un acuerdo que fuera más allá de una serie de líneas generales. Las consecuencias de este fracaso son ahora evidentes.

Si bien la "Autoridad Provisional de la Coalición", bajo el mando del administrador Paul Bremer,⁴² se propuso estabilizar el país y neutralizar el amplio descontento y la ira popular, tratando de mejorar la situación económica a partir de la rápida utilización de los amplios recursos petroleros, es obvio que las fuerzas de ocupación han fracasado en restaurar el orden en muchas partes del país, particularmente la capital, que sufre de una serie de ataques armados, asaltos y asesinatos así como saqueos y sabotajes en edificios e instalaciones públicas. Los servicios básicos como la electricidad, el agua potable y la gasolina no se han restablecido del todo, llevando a muchos iraquíes a comparar esta desfavorable situación con la respuesta dada por el régimen anterior quien, a pesar de la guerra del Golfo de 1991 y el régimen de sanciones, restauró de manera rápida mucho del daño sufrido en su infraestructura.

Existen además otra serie de problemas, entre ellos, el papel que deberán desempeñar las Naciones Unidas en la normalización y reconstrucción del país. Dado el involucramiento de las Naciones Unidas en Iraq desde la crisis del Golfo de 1990-1991, algunos analistas han venido considerando que ésta es ya parte esencial del futuro iraquí. Pese a todo, la ONU es la única institución internacional que cuenta con

⁴² Bremer sustituyó al general retirado Jay Garner como jefe de la Oficina del Pentágono para la Asistencia Humanitaria y la Reconstrucción y su misión es administrar internamente a Iraq hasta que éste sea puesto en manos de un gobierno iraquí legítimamente constituido y reconocido internacionalmente.

la infraestructura y los canales de distribución necesarios para hacer llegar la asistencia humanitaria. Asimismo, por su carácter colectivo, su aval será esencial para que la nueva autoridad iraquí cuente con la legitimidad necesaria.

La adopción de la resolución 1483, aprobada el 22 de mayo del 2003 por el Consejo de Seguridad, permite vislumbrar, sin embargo, el papel marginal que esta organización deberá desempeñar de cara a las fuerzas ocupantes a quienes se les otorga el derecho de gobernar, así como el control de sus ingresos petroleros, hasta que su pueblo establezca un gobierno representativo y reconocido internacionalmente que asuma las funciones de la Autoridad dejando a dicha organización desempeñar solamente un papel secundario.

El reto que deberá enfrentar esta organización, en todo caso, será velar por la vigilancia de estos principios y garantizar que los recursos económicos de Iraq, sobre todo petroleros, sean manejados con absoluta transparencia, para impulsar el desarrollo económico y político de ese país.⁴³

Al respecto, es conveniente subrayar que la acción emprendida por las fuerzas angloestadounidenses les impone —de acuerdo con lo establecido en la Cuarta Convención de Ginebra— una serie de obligaciones legales inmediatas con respecto a la población iraquí. No son, por tanto, las Naciones Unidas o el pueblo iraquí, sino las fuerzas ocupantes, quienes tienen la obligación inmediata de garantizar el suministro de alimentos, servicios de salud y seguridad a su población, así como la tarea de su reconstrucción. A pesar de ello, de acuerdo con la resolución 1483, Iraq será reconstruido con sus propios recursos, sobre todo petroleros, y la administración de esos recursos recaerá esencialmente en las fuerzas ocupantes, quienes, por otra parte, cuentan con un amplio margen de discrecionalidad para manejarlos.

El Medio Oriente tras la invasión y ocupación de Iraq

LA rápida caída del régimen iraquí provocó una mezcla de sentimientos y respuestas ambivalentes en el Medio Oriente. Por una parte, enojo y frustración, pero también una contenida o abierta alegría y preocupación por sus posibles consecuencias para el futuro de la región. Sin duda,

⁴³ De acuerdo con la resolución 1483, las ventas de petróleo y sus productos derivados, así como de gas natural, deberán ser depositados en un Fondo de Desarrollo, el cual deberá ser verificado por la Junta Internacional de Asesoramiento y Supervisión, en la que figuran representantes del secretario general de la ONU, el FMI, el Fondo Árabe para el Desarrollo Social y Económico y el Banco Mundial.

para la mayoría de los países que, en algún momento se sintieron amenazados por el régimen iraquí, como es el caso de Kuwait y las monarquías árabes del Golfo, pero también de Irán e Israel. su caída representó la eliminación de su tradicional enemigo. Aún así, para muchos de estos países no será fácil asimilar la nueva situación estratégica surgida a raíz de la ocupación de Iraq por tropas extranjeras, cuya salida de la zona aún no se sabe cuándo se concretará y que es vista por la mayoría de sus pueblos, sobre todo del mundo árabe, como un hecho traumático y una humillación.

Lo que resulta importante destacar es que a nivel del sentimiento popular, inclusive entre aquellos que se oponían a la dictadura de Saddam Hussein, existe una gran preocupación de que el resultado de esta guerra pueda traer un mayor incremento de la influencia en la zona de Estados Unidos y de su aliado estratégico, Israel. A fin de cuentas, el líder iraquí representaba, entre algunos sectores del mundo árabe, cierto tipo de resistencia nacional frente a la ocupación israelí de tierras árabes y la presencia extranjera.

De la misma manera, entre algunos gobiernos del Medio Oriente existe cierto temor de que ellos se conviertan en los próximos blancos de la Casa Blanca. Especialmente claro es el caso de Siria, pero también de Irán, identificado por la Casa Blanca como uno de los tres polos del "Eje del mal".

El vacío de poder generado tras la caída del régimen iraquí intensificó las preocupaciones norteamericanas sobre una posible intervención de Siria e Irán en los asuntos de Iraq. En el caso del primero, Washington acusó a Damasco de poseer armas químicas y biológicas, de facilitar la huida de los responsables iraquíes a su país y de haber organizado la partida de voluntarios para luchar contra las fuerzas angloestadounidenses en Iraq, imputaciones que fueron desmentidas categóricamente por Siria.⁴⁴ En lo que toca a Irán, fue acusado de alentar, entrenar y financiar a los chiitas musulmanes de Iraq, acusaciones suficientemente graves que llevarían a algunos analistas a pensar que la guerra podría extenderse a otros países del Medio Oriente.⁴⁵

⁴⁴ Las amenazas estadounidenses contra Damasco han estado destinadas a neutralizar a Siria, quien para muchos sectores del mundo árabe representa el "último bastión" de la lucha contra Israel, luego de que el régimen iraquí fuera derrotado y los otros países árabes vecinos neutralizados, como es el caso de Egipto y Jordania, que firmaron acuerdos de paz con Israel.

⁴⁵ Véase a este respecto Thomas L. Friedman, "Siria: el siguiente en el camino", *Reforma*, viernes 18 de abril del 2003, p. 6 A.

⁴ En una entrevista publicada el martes 15 de abril del 2003 en el diario israelí *Yediot Aharonot*, Ariel Sharon llamó a Estados Unidos a "ejercer presiones muy fuertes sobre Siria para que se someta a una 'lista de exigencias'".

Al amenazar a Siria por su supuesta injerencia en Bagdad, Estados Unidos junto con Israel⁴⁶ han estado presionando para que haga importantes concesiones sobre algunos asuntos claves del Medio Oriente, sobre todo en lo que toca al conflicto palestino-israelí. Estas incluyen el desmantelamiento de las organizaciones palestinas con sede en Siria —Hamas y la Jihad Islámica— y el cese de su cooperación con la República Islámica de Irán, acusada junto con Siria de respaldar al movimiento chiíta libanés Hezbolá, quien desempeñó un papel clave para la retirada de las fuerzas militares israelíes del sur del Líbano en mayo de 2001.

Hasta ahora, Damasco ha manifestado en todo momento su disposición al diálogo con Estados Unidos, sin condicionarlo a las presiones o exigencias de otros, como es el caso de Israel. Cerró su frontera con Iraq y coordinó junto con los estadounidenses la salida de Siria de Faruk Hijazi, ex funcionario de inteligencia iraquí. Asimismo, ha estado dispuesta a mantener el diálogo con Estados Unidos y ha propuesto, frente a las acusaciones lanzadas por Estados Unidos e Israel de poseer armas químicas y biológicas, de establecer una zona libre de armas de destrucción masiva en el Medio Oriente.

En lo que toca a Irán, una de las principales preocupaciones del gobierno del presidente Jatami es si el gobierno de Washington lo va a convertir en el siguiente objetivo.⁴⁷ Actualmente, la presencia militar y estratégica norteamericana en la región del Golfo, el Cáucaso, Asia Central, Afganistán y Pakistán es abrumadora, lo que amenaza seriamente al régimen iraní.

Para el gobierno norteamericano el régimen de Teherán representa un peligro a sus intereses en el Medio Oriente, así como a los de sus aliados, particularmente en lo que se refiere a su posición con respecto al proceso de paz árabe-israelí, su supuesto apoyo al terrorismo internacional y el desarrollo y adquisición de armas de destrucción masiva, particularmente nucleares. Además de ello, mantiene un embargo comercial unilateral contra ese país, no obstante lo cambio

⁴⁷ Ash N. Roy, "Inquieta a Irán caída de régimen", *Reforma*, miércoles 16 de abril del 2003, p. 8 A

⁴⁸ A pesar de los múltiples obstáculos, Mohamad Jatami ha logrado liberalizar un poco el muy cerrado sistema iraní, al relajar las estrictas normas de censura e insistir en el respeto a las leyes frente a la interpretación arbitraria de las mismas. Otras iniciativas relevantes son su llamado a entablar un *diálogo civilizatorio* con Estados Unidos, la entrevista que concedió a la cadena televisiva CNN, así como su determinación de levantar la pena que pesaba sobre el escritor Salman Rushdie, condenado a muerte por las autoridades iraníes en 1989. No menos importante ha sido también el fin de su apoyo a los movimientos radicales islámicos y su política de acercamiento con los estados árabes del Golfo, encabe-

operados en la política exterior iraní luego de la llegada al poder del presidente Jatami.⁴⁸

A pesar de ello, la República Islámica de Irán no representa en este momento, como fue el caso hace veinte años, una amenaza inminente para sus vecinos, ya que actualmente enfrenta una serie de problemas económicos y políticos internos,⁴⁹ así como el deseo de amplios sectores de su población y algunos grupos dentro de su gobierno de integrarse plenamente a la política regional. Aún más, podría afirmarse que, si bien Irán continúa siendo una fuente de preocupación para algunos Estados del Golfo, la posibilidad de que ejerza su control sobre esta región es muy limitado, debido a la fuerte presencia de tropas norteamericanas.

En el momento actual, la posibilidad de una eventual intervención militar de Estados Unidos contra ambos regímenes parece haber sido descartada, aunque no se excluyen en el futuro posibles presiones económicas, políticas o militares. Lo cierto es que, en general, los países de la región —no obstante los intereses y las posiciones políticas de cada país, determinadas en gran medida por su relación con Estados Unidos— coinciden en que se recupere la estabilidad de la zona, conscientes de la existencia en sus respectivos países de una amplia opinión pública antinorteamericana. Asimismo, están intentando minimizar los daños de la nueva situación al proponer la preservación de la unidad territorial de Iraq, una salida rápida de las tropas estadounidenses y la prestación de ayuda masiva a los iraquíes para emprender una nueva etapa en donde el pueblo iraquí tenga la posibilidad de elegir libremente a sus dirigentes y decidir su futuro.

Consideraciones finales

LA guerra contra Iraq termina con un balance contradictorio: un relativo éxito militar y múltiples problemas por resolver. Las heridas abiertas por este conflicto están lejos de cicatrizar y se abre un largo y sinuoso camino por recorrer. Los retos que habrán de enfrentar las fuerzas ocupantes y los países de la región son múltiples y complejos. Aunque

zados por Arabia Saudita, no obstante su conflicto con los Emiratos Árabes Unidos sobre las islas Abu Musa y las Tumb, que Irán ocupó durante el régimen del sha, y que hasta ahora no ha sido resuelto.

⁴⁹ Al respecto, debe tenerse en cuenta el enfrentamiento dentro del espectro político iraní entre los que abogan por posiciones más pragmáticas y los que defienden una postura más tradicional e ideologizante. Cf. María de Lourdes Sierra Kobeh, "Las protestas estudiantiles en Irán: oposición y reforma", *Kaos Internacional*, vol. 1, núm. 6 (septiembre-octubre de 1999), pp. 22-27.

Estados Unidos demostró su abrumadora fuerza militar, la agenda neoconservadora no está del todo garantizada y el proceso de cambio será indudablemente menos simple de lo que parece.

Para algunos analistas, la caída del régimen de Saddam Hussein representa una gran oportunidad histórica para redefinir de manera fundamental la dinámica de una región que ha probado ser en gran medida inestable, y la posibilidad de eliminar muchos de sus conflictos y tensiones. Para otros, sin embargo, significa la principal amenaza sufrida por la mayoría de estos países a todo lo largo de su historia independiente.

Como suele ocurrir en el Medio Oriente, existe la posibilidad de que el futuro sea muy diferente de lo previsto y de que el impacto de esta guerra sea mucho más limitado, o bien pueda resultar en una combinación de los dos escenarios mencionados anteriormente. Podría señalarse incluso que el Medio Oriente de la posguerra no será tan diferente del periodo anterior.

Lo cierto es que hasta ahora no ha quedado claro cuál será el futuro de Iraq y lo más probable es que pasen algunos años más para que pueda convertirse en un ejemplo que no sea otra cosa más que el resultado del poderío militar norteamericano. Un escenario deseable sería que el futuro de ese país sea decidido de manera autónoma por los propios iraquíes, aunque esto es poco probable dado los intentos de otros actores regionales y extrarregionales de influir, tanto en términos económicos como políticos, en dicho proceso.

Un ejemplo de lo anterior ha sido el intento de las fuerzas ocupantes de controlar la reconstrucción económica, política y social de Iraq, sin la intervención de la Organización de Naciones Unidas, quien en todo momento ha intentado desempeñar un papel central en dicho proceso, y las presiones de Francia, Rusia, China y Alemania —todas ellas con fuertes intereses comerciales en Iraq— para evitar ser marginadas. A ello habría que agregar los intereses divergentes de Turquía, Irán, Siria y las monarquías petroleras árabes del Golfo, quienes compiten entre sí por tener un mayor grado de influencia y control en el Iraq post-Saddam.

Un Iraq débil y dividido entre sus diferentes comunidades étnicas y religiosas podría generar un vacío de poder peligroso que sería aprovechado por Turquía, Irán, Siria y las monarquías árabes del Golfo. En el peor de los casos para Estados Unidos, un Iraq que se alinea con Irán o adoptara un modelo de corte islamista, podría generar un nuevo patrón de inestabilidad en el Medio Oriente. Asimismo, los iraquíes no necesariamente serán más favorables a Israel debido a la

caída de Saddam Hussein. Si acaso, la no resolución del problema palestino podría reforzar el resentimiento contra Estados Unidos.

Para ser exitosa, la transición deberá ser vista por los iraquíes como un proceso basado en razones morales y legales. Dicha estrategia deberá basarse, además, en una acción consensuada, integrada y multilateral. Igualmente importante para garantizar la seguridad regional será la búsqueda de un nuevo consenso y una nueva relación con el mundo árabe, para lo cual resulta prioritario alcanzar un acuerdo definitivo que de una vez y por todas solucione el conflicto palestino-israelí. En última instancia, el éxito de esta estrategia y su resultado final dependerá de la manera en que estos y muchos otros complejos problemas sean resueltos